

Zelmar Acevedo Díaz

LA PRESENCIA

*Los personajes y las situaciones de esta historia
han sido inspirados en la vida real. Es decir,
son casi en un todo imaginarios.*

A M.Á.G. En memoria.

Te sacudiste como un animal herido por otro, el cuello atrapado entre sus mandíbulas, la asfixia pegada a tu extravagante, casi ridícula mueca de horror que te desdibujaba la cara, la piel empapada en un sudor frío, las sábanas enroscadas a un costado de la cama, otra vez la pesadilla Miguel, Miguel Ángel, sin que pudieses recobrar una sola escena, una sola imagen de ese sueño que se desvanecía apenas despertabas. A punto de amanecer aunque la noche cerrada no anunciase ni un tímido resplandor, las manecillas del reloj casi verticales, casi las seis, otra vez el mismo sueño que insistía en aterrorizarte, que te retorció de miedo al irte durmiendo y entonces levantabas tus párpados asustados una y otra vez y dejabas la mirada pegada al cielorraso hasta que el cansancio volvía a vencerte y sería por eso que ya no apagabas la luz del velador, igual a cuando eras chico Miguel y mamá no me apagues la luz sin atreverte a decirle que le tenías miedo a la oscuridad, me gusta la luz prendida mamá, y mamá los fantasmas no existen, ni los vampiros ni el hombre de la bolsa y además está el ángel de la guarda toda la noche a tu lado para que nada malo te pase hijo, pero en qué punto de la noche aparecía el sueño, a lo largo de las horas, o acaso en los segundos finales, sólo el espanto, la esencia del sueño sin parajes desolados ni abandonos a la intemperie ni ese frío perdido entre la oscuridad y el caos ni rostros deformados por quemaduras ni esfumados por la imposibilidad de recordarlos. Y al despertar de pronto esa impresión de que la hora es cualquier hora, que el tiempo ha dejado de transcurrir o acaso es una pelota de barro donde los relojes quedan empastados y se detienen y pierden todo sentido, y así por un instante mirando el techo las paredes los muebles como tratando de reconocerlos, el lucero del alba que entrado de adulto seguías creyendo se trataba de una sentimental y última estrella, la estrella de tu infancia Miguelito, de tu adolescencia, la estrella de tu juventud hasta el desencanto de aquella voz pegada al oído que te dijo con una media sonrisa es el planeta Venus y miraste la voz con un gesto de incredulidad como si te estuviese haciendo una broma. Y desde que esa estrella dejó de existir, dónde quedó el ángel de la guarda mamá, ahora sólo pegado a tu nombre Miguel Ángel.

Te sentaste en el borde de la cama, los pies en la carpetilla de felpa, los codos clavados en los muslos y la transpiración de las manos cubriéndote la cara. No había forma de recordar. La pesadilla sin imágenes, únicamente la sensación de la pesadilla, la sustancia estremeciéndote los músculos, apretándote el corazón a punto de estallar. Te fuiste

poniendo de pie con el peso del mundo en las espaldas, y antes de cruzar el dintel de la puerta ya percibías el susurro del televisor en la pieza de mamá y el parpadeo azulino de la pantalla siempre encendida. Entonces espíaste por la hoja apenas entornada, el cuerpo de mamá Celina tal como lo habías dejado en la víspera, los ojos abiertos que no parecían dormir nunca, nunca, porque en cualquier momento, en cualquier instante del día, siempre mamá Celina sentada en la cama con la mirada hundida en la pantalla del televisor y no era posible saber si veía un programa en especial, si la atención metida en algo que pudiera interesarle o era nada más que el brillo de la pantalla y el sonido tibio, apenas audible, que se derramaba por el silencio de la casa durante la noche, la madrugada, las horas de la tarde, porque el televisor no se apagaba nunca y los ojos de mamá Celina jamás se cerraban, acaso una pesadilla perpetua metida en la vigilia, sin necesidad de esconderse en horas dormidas, un sueño despierto de iris enlagrimados, en qué pensarás durante tantas y tantas horas mamá, hundida en el pasado porque sólo el pasado puede ser el presente de tu vida, una juventud mezquina que desapareció de golpe en el espejo, aquella viudez prematura mamá, odios y rencores, el fracaso de tu existencia, el recuerdo de tu hija que un día dio el portazo por un motivo pueril y no supimos más de ella.

Permaneciste observándola por la ranura de la puerta, la mirada de mamá sin desprenderse del televisor, su piel azulina, el camión de flores minúsculas, florecitas color rosa y entraste Miguel sin saber bien para qué, correr las cortinas, abrir un tantito la ventana y que se colase el aire, la almohada en su espalda corrida hacia un costado, acomodarla, intentar el mullido de gomaespuma en su cabeza blanca erguida ¿estás bien así mamá? pero mamá muda callada con la mirada en el televisor, los brazos piel y hueso, piel blanda y amarillenta colgando en forma de papada, mamá inválida tres años en cama y vos Miguel otra vez con ese nido de aves enloquecidas en el estómago, tu mejor sonrisa, casi una caricia, ¿estás bien así? tu pobre máscara hecha de desperdicios, cacas y meos entremezclados, vómitos de borrachera.

Había pastillas en el cajón de la cocina, ansiolíticos, calmantes, antidepresivos, pastillas para dormir, para despertar, para la presión arterial, para durar el día, grageas, cápsulas verdecitas, píldoras redondas, ovaladas, ciertas, cuáles, y por un descuido de tus manos siempre aceleradas algunas fueron al piso, entonces tanteaste, las palmas aquí y allá, las pastillas de pronto invisibles, disimuladas por el dibujo de las baldosas y vos arrodillado

como cuando eras niño y jugabas a las figuritas en el patio de ropa recién colgada, ropa húmeda y fresca soleándose con el calor de la tarde, cuando eras niño Miguel y no una forma risible y grotesca, enano de palacio en busca de tus pastillas, y al dar con ellas al fin fue erguirte y dar con la cabeza en el cajón abierto de la mesada y después las pastillas a la boca en un torrente de agua que se desprendía por la comisura de los labios, que te chorreaba los hombros el pecho el vientre hasta mojar los pantalones.

El café que dejaste hervir por desgano, un nuevo cigarrillo que encendiste con el anterior, sentado en el livin, la mano en la frente, la luz mortecina de la única lamparita que funcionaba en la araña, ya amaneciendo, el frío resplandor del día resbalando por los ventanales, opacado por los vidrios sucios, qué estás haciendo ahí Miguel Ángel, a esa hora de la mañana, una mueca impotente atascada en la cara que todavía pretende recordar algo de la pesadilla, o apartarla, dejarla correr junto a un flujo de lágrimas secas, ¿vas a prepararle a mamá el desayuno?, no hay de sus galletitas dulces, el pan es de hace cuatro días con puntitos verdes de moho y ya no sirve para tostadas, es posible que la leche esté agria, ¿qué vas a llevarle?

me cuesta, me cuesta tanto salir para cualquier cosa, ir a la panadería, al mercado, hacer la cola en el banco, pagar boletas, cobrarle a mamá su misérrima jubilación, aquí todo el tiempo encerrado y sin embargo quisiera irme, alejarme de este lugar para siempre como supo hacer mi hermana cuando empezó a darse cuenta

debieras salir a caminar, Miguel, aunque fuese sin motivo aparente

por favor no vuelvas a repetirme eso de reencontrarme con la arboleda de la calle, el viejo bar de la esquina, los parroquianos, el cielo azul con olor a barrio

no sé qué tipo de sentimiento me nace al verte así, una tibia piedad, o el respeto que inspira todo sufrimiento, cómo se te va la vida por una canaleta de desagüe, tuberías hambrientas de oscuridad

no puedo no puedo y no trates de convencerme con argumentos de tango

parece tan sencillo, tomar las llaves, descender el único piso del primero a la planta baja, girar la cerradura, llegar a la vereda

es que se lo estás diciendo a otro porque yo no soy éste, soy ese otro que está lleno de vida, ganas de vivir, por qué no puedo, por qué tengo que pasearme de un lado a otro dentro de la casa, estas habitaciones, como un animal enjaulado, oyendo ruidos raros,

ruidos que no son los míos, metido entre estas paredes descoloridas, la marca de un cuadro ausente, el aparador pesado, macizo, de madera negra, con sus platos cachados, juegos de cubiertos de alpaca, incompletos, varios se han perdido, cosas que mamá recibió por herencia, copitas de licor de vieja, sillas de respaldos duros, incómodos, esta mesa para cuántos comensales, de un tamaño desproporcionado que ocupa gran parte del comedor

la mañana está fresca. Debieras salir con un abrigo

como en una telaraña, yo atrapado aquí dentro, no sé por qué, un refugio, una madriguera de animal asustado. Y no creas que no reconozco el mundo exterior, hay un teatro a tres cuerdas de aquí, un círculo cultural a la vuelta de manzana, la plaza remodelada con nuevos canteros, y retoños, el club con pileta de natación, la biblioteca popular, el partido socialista, el centro comunitario de participación, y nada de eso me dice nada, paso por al lado, a veces simulo interés, me detengo ante alguna cartelera y siento que el prójimo no me produce sino indiferencia, tanto para dar y estoy vacío, nadie a quien llamar, perdí la libreta telefónica, dónde pude haberla dejado, estará en algún lugar de la casa, quién sabe dónde, ni siquiera me he puesto a buscarla, tampoco nadie me llama, tal vez me haya vuelto áspero, intratable, y sin embargo no me parece, sigo siendo un tipo conversador, no sé, rato que no me llaman, no recibo visitas, aquellos que se decían amigos, al menos mis sobrinos, mi hermana, o esos tíos viejos hermanos de mamá

rabia de verte así, consumido, impotente, a veces tengo ganas de que te mueras, un infarto y que no despiertes más, preferiría

y fue decir eso, o pensarlo, algo que terminó de aflojarse en el estómago, otra de tus descomposturas matinales, corriste al baño, apenas el tiempo para los pantalones en las rodillas y un flujo de diarrea y gases que trataste de contener para que mamá no escuchara y terminaste de cerrar la puerta, violentamente, casi un portazo y un tanto de pudor ante el escándalo de tu pedorrea, que mamá no escuchara ni la peste llegara a su cuarto, un olor a mierda de viejo que se inflaba en el aire sin ventilación, sólo una rejilla en la pared y luego de un rato cuando ya te habías aflojado, te fuiste poniendo de pie con un rictus de agotamiento, lentamente, y repetiste la actitud de siempre que habías aprendido de los animales, pegar la vuelta y oler la materia y mirarla como quien mira la marca del termómetro y reconoce su estado, entonces las viste, decenas, tal vez cientos de larvas blancuzcas que se agitaban en la superficie amarronada y plana igual a un cardumen, un

hervor de parásitos frenéticos al desprenderse de tu cuerpo cálido y zambullirse de pronto en el agua del inodoro.

Tu primer impulso fue apartarte, tomar distancia, salir del baño con los pantalones tomados por la cintura, alcanzar la puerta, correr escaleras abajo, pero en seguida te diste cuenta, de qué valía huir, decenas cientos miles de larvas seguían revolviéndose, febriles, turbulentas, en la combustión de tus entrañas, irían a donde fueses, de qué valía huir y sólo atinaste a llevarte de nuevo las manos al estómago como si pudiesen servirte de algo, protegerte de esa impresión que sentías por primera vez, súbitamente aparecida de la nada

mamá

acudiste a mamá, como cuando eras chico y llegabas a casa con un codo lastimado, con la irritación de la pierna al contacto con las ortigas, lloriqueando, y mami te limpiaba con agua fresca, y una gasa con agua oxigenada, y una cremita para la piel, pero te detuviste en el umbral de la puerta, mamá Celina con los ojos puestos en el televisor, su rostro azulino apartado de lo que ocurre en el mundo, al fin de cuentas era eso, tan solo, revolcándote en tu soledad, la soledad que se agranda y se alimenta de sí misma y se multiplica y es varias soledades, el vientre hinchado de soledad Miguel Ángel

No era sueño. Definitivamente no lo era, sino el cansancio de estar ahí, sentado en la única silla con posabrazos del livin, el ventanal y esa luminosidad sucia de la tarde, el ventanal del patiecito gris y el cemento quebrado donde colgabas la ropa traída de la lavandería desde que el lavarropas se descompuso, debiera ver un médico, ir al hospital, a las cuatro de la mañana para sacar turno, un médico clínico, son parásitos señor G., con la receta le hacen descuento en cualquier farmacia de la zona, pero el médico no entendería, uno no puede desprenderse de los parásitos así como así, de tantas larvas que se llevan dentro, no es tan simple como tomar una pastilla y expulsarlo todo, no es tan simple, es algo que se forma de a poco, con los años, y de pronto un día aparecen porque ya no es posible esconderlo y uno ahí parado como un idiota viéndolas revolcarse en la cavidad del inodoro, este fastidio de estar sentado, ponerse de pie, caminar de un lado a otro, del livin a la cocina, de la cocina a mi cuarto, del cuarto al baño, a la habitación de mamá, de vuelta al livin, al baño, la cocina, calentarme un café, encender un cigarrillo, sin ganas, tanto silencio, qué harán los vecinos que no se escucha nada, sólo el susurro del televisor de mamá, apenas audible pareciéndose al raspaje de una lija en la pared, a veces pienso si

mamá escucha algo, si mira algo de lo que ve, siempre con los ojos en la pantalla, este agotamiento que me llena de espanto, terror de recostarme, que se me vayan bajando los párpados, de a poco, contra mi voluntad, y otra vez la pesadilla, me estoy quedando sin cigarrillos, el paquete por la mitad, tal vez debiera probar dormir un poco por las tardes, tal vez la pesadilla le escape a la luz del día como en las historias de vampiros, esos monstruos vulgares que se levantan de sus tumbas, es curioso que no pueda recordar nada, nada más que la angustia apretándome la garganta, la mandíbula endurecida hasta el dolor. Ayer amanecí con el gusto de la sangre, me había mordido la lengua, pero al fin pude despertar, de vuelta en mi cuarto, sin noción del tiempo, no voy a tener fuerzas para el hospital, horas haciendo fila en esa sala de rostros sufrientes comentándose sus padecimientos, sus tantos dolores los reumas la diabetes el colesterol los trastornos gastrointestinales, o ese silencio de madrugada, los suspiros de aburrimiento, los jóvenes sentados en el suelo, un frío de baldosas, me pregunto si la pesadilla se repite, si es la misma todas las noches o es continuación de la anterior, el espanto en capítulos

una bocanada profunda al cigarrillo en un raptó de histeria casi afeminado y el humito que te llora los ojos y de nuevo Miguel esa tos de carraspera que te araña el pecho, que te enrojece la garganta, la nicotina pegándose al paladar, escapándose por las fosas nasales, una oleada interminable de toces y después esa flema de aguaviva que te recorre la lengua y va a parar a la alfombra cerca de la unión con el zócalo, un flemón verde que mamá moriría si pudiese verlo estampado en su vieja alfombra, pero mamá no sale de su cuarto, más de tres años en cama, rígida como una momia si no fuese por sus carnes colgantes, su mirada de vidrio molido brillantada por la luz del televisor, este maldito cigarrillo que me quema los pulmones, no sé por qué a veces fumo sin ganas, por el gusto de encenderlo, tener algo entre los dedos, echar el humo y entonces darme cuenta de que el aire existe, que una planta podría vivir aquí dentro, pero el humo Miguel Ángel te sigue saturando la respiración, comprimiéndola como si una pinza se cerrase en la nariz y te obligase a tomar el aire por la boca y el humo doliese las encías y formase un sedimento amarillo en la lengua y de pronto el asco, la repulsión, el odio hacia tu propia fragilidad, y fue lanzar el paquete contra la pared, luego caminaste hacia los cigarrillos de a grandes zancadas, tomaste el paquete como para estrujarlo, desintegrar los cigarrillos, pero no lo hiciste, había un mejor destino, más simbólico, el tacho de basura, remojados entre la yerba

húmeda y los restos de comida, visitados por las cucarachas durante la noche, ése era su lugar, definitivamente, y luego volviste a sentarte en el sillón y aspiraste hondo en el intento de atrapar aunque fuese el aire sucio, ese aire de paredes grises del patiecito del fondo donde colgabas la ropa. Sin embargo hubo algo de reconfortante en ese acto, una pequeña victoria, acaso una victoria tardía pero victoria al fin, entonces exageraste el gesto de inhalar profundo, los ojos semicerrados, una falsa sonrisa, el comienzo de algo, salir a caminar un rato, mamá ni se enteraría, meterte en un café, ay dios, un café sin cigarrillo, de pronto la contradicción, tan ultrajante que se te fueron esos tibios, impostados deseos de salir, y dejaste pasar las horas, lánguidamente, como quien aguarda el fin de un moribundo, el mediodía encapotado por el invierno, la tarde que se apoderaba de los ruidos de la calle, de la ingravidez del cielo, andar por la casa de un lado a otro hasta que el agotamiento te abrumara otra vez Miguel y otra vez te convencieras de que quizá esta noche no, que esta noche la pesadilla te olvidaría, que podría pasar de largo y terminaría atrapando el sueño desprevenido de otra víctima, otro infeliz durmiente que se retorcería en su cama sin poder despertar, cautivo de aullidos silenciosos, de pánicos aferrados a la almohada.

Las tres y cuarto de la mañana. Desde la pieza de mamá puede escucharse, apenas, el tiroteo de una película de acción, voces precipitadas, órdenes a los gritos, tal vez un policial, un viejo western, a mamá le gustaban los western

por qué hablás de tu madre en pasado

no me preguntes nada esta noche. Empiezo a sentirme distinto. Un poco mejor. Ya ves, tiré los cigarrillos. Acabo de prepararme un té con limón. Un inocente tecito con limón. Cabe la posibilidad de que no tenga pesadillas esta noche. No sé. Es un presentimiento

sin embargo seguías resistiéndote al sueño, aunque tu cuerpo te pidiese reposo, ese dolor en las articulaciones, los huesos pesados, los músculos sensibles como si hubieses hecho ejercicios por la tarde, pero hace cuánto Miguel que ni unas flexiones ni esos abdominales sobre la alfombrilla a un costado de la cama. Te miraste la panza llena de inactividad, el vientre hinchado de aburrimiento. Tampoco sería mala idea salir a caminar en horario nocturno, por qué no, la noche como una prolongación de la soledad después de todo, esas horas no obligan a nada, a cruzarse con nadie, apenas un taxi desvelado, un colectivo vacío. No termino de preguntarme qué lo hace imposible, qué razón en concreto

impide que abandone estas habitaciones y me reencuentre con la ciudad, no digo alejarme demasiado, unas cuadas, unas pocas cuadas, hasta la plazoleta del mástil que jamás tuvo bandera, por qué no puedo, pegado a estas paredes, recorrer las habitaciones tantas veces sin sentido, sin explicación, cuerdas invisibles que me atan por la cintura, los tobillos, las muñecas, la garganta hasta el ahogo y yo sin lograr abrir las puertas, sin decidirme hacia el mundo de afuera. Y cuando el primer bostezo te provocó un tanto así de inquietud, te erguiste en el sillón como un estado de alerta, una advertencia, ojos exaltados de gallina que acaba de escapar de un predador. Pero los minutos llegaron de nuevo, en qué momento terminaste de relajarte, en qué momento te venció el cansancio y te sentiste incómodo apoyado en el respaldo de madera, los posabrazos duros y estáticos, en qué momento abandonaste el livin y llegaste al dormitorio y te tiraste en la cama, cuándo fue que te quitaste los zapatos y te desvestiste y luego la blandura del colchón a lo largo del cuerpo, y cuándo tu vigilia cayó vencida y te hundiste en el fondo de la noche hasta aquel sobresalto ya amanecido, un golpe en el brazo, en el hombro, un costado de la cara. De pronto te viste en el suelo, medio envuelto por la sábana, la imagen de la pesadilla que todavía no se había disipado del todo, algo monstruoso que salía de alguna parte y que se acercaba a tu rostro con su aliento de palabras heladas, palabras de una lengua irreconocible. Porque lo monstruoso no era un monstruo sino algo que lo hacía humano, casi cotidiano, pero la figura se iba, se perdía, volvía a difuminarse a pesar de que tu memoria pugnaba por atraerla, enfrentarla, verle la cara, negarle esa nebulosa donde se escondía cuando tu propio grito todavía te llenaba la boca, así Miguel Ángel, extenuado en el suelo como si un castigo de gendarmes enardecidos te hubiese poblado de heridas, contusiones, hematomas, un aturdimiento del que te costaba salir, babeando sangre, un hilo de sangre y espuma de saliva que corría de tu boca hacia la mano, de la mano hacia las tablillas del parque.

Tardaste en ponerte de pie, en constatar los nudillos lastimados, los brazos invadidos de moretones, también la pared al costado de la cama manchada con raspones de sangre todavía frescos, la habitación entera desordenada, la ventana abierta, abiertas las puertas del placar, la mesa de luz corrida hacia el centro del cuarto, las dos sillas caídas, una con las patas quebradas, parte de la ropa del perchero derramada por el piso, también abierta la baulera, y las valijas y los bolsos de viaje, la mesa del escritorio fuera de su lugar, libros derribados de los estantes, como si una presencia lo hubiese revuelto todo, revisado

todo, y llegaste hasta la puerta con el pavor metido en los ojos, la respiración de un asmático crónico, quién buscaba, qué buscaba, entonces el impulso fue correr hacia algún lado, sin sentido, algún lado es cualquier lado, el patio, la cocina, el cuarto de mamá, caminar así Miguel, un tanto inclinado, con la mano en el estómago, las larvas, miles de gusanillos regocijándose en el calor de las vísceras y vos a punto de desvanecerte, apoyándote en las paredes, también la canilla, la canilla del baño abierta al máximo, los muebles de la casa corridos de lugar, los cajones abiertos del aparador, de la mesada, la alacena, la puerta del horno, vasos y jarras y la cafetera volcados de costado, los cuadros torcidos, qué, quién había estado allí con esa impunidad mientras dormías encadenado a la pesadilla. Saliste al patiecito con ganas de gritar, todavía de noche, todavía el cielo oscuro con una franja que se volvía azul por el lado del este, borroneando las pocas estrellas de la ciudad, ganas de gritar Miguel, pero fue un grito que sonó extraño en tus oídos, el aullido de un lobo de la estepa, un lobo solitario y único circundado por la quietud de la noche y por los pinos cargados de nieve, un aullido desgarrado que encendió ventanas, que acercó algunas siluetas, saliste del patio evitando testigos incómodos, merodeaste la vista por el desconcierto de tu cuarto, cerraste la canilla del baño con una prisa cargada de aspavientos, y después el cuarto de mamá Celina, mamá con la vista en el televisor, las manos tomadas sobre el vientre como si nada ocurriese, la habitación en orden, un orden perfecto, su mundo imperturbable, el camisón de florcitas color rosa, la ventana apenas entreabierta por donde entraba una brisa que agitaba con tanta discreción un costado de la cortina mamá, quién hizo esto, quién dio vuelta la casa y armó tal alboroto, quién, qué, no aguanto más, por qué tengo que morir todos los días, yo no lo merezco, no merezco ningún castigo, no he hecho nada malo, ningún mal, a nadie, y sin embargo soy arrastrado como un inocente hacia el patíbulo, el quejido de la carreta, los gritos de la multitud, no soy culpable, quiero decirlo con la mirada porque nadie escucha, sólo insultos, rechifla, confusión y yo con los ojos desesperados del inocente, mi pobre y estúpida inocencia, quién hizo esto, no voy a pensar en el monstruo de la pesadilla, amo demasiado la fantasía para creer en semejante embuste, alguien entró, cómo, por dónde, la puerta con doble tranca, el patio encerrado entre muros, ¿acaso he sido yo? ¿yo mismo quien se levanta por las noches y recorre la casa? ¿acaso soy mi propia pesadilla?, o mamá Celina, mamá y una invalidez fingida, ¿sos vos quien deja las sábanas a un lado y abandona la cama y errás por las habitaciones con los

pies descalzos? Es imposible. Mamá jamás podría alcanzar la baulera, correr muebles, romper una silla, sus piernas endurecidas como estacas, sus bracitos piel y huesos. Hay una presencia, entre la ropa, las perchas colgadas del caño, la cajonera, zapatos, empiezo a ver algo, a recordar, una presencia que se acerca a mi cama y se queda mirándome durante largos minutos, me pregunto si será la presencia lo que alimenta mi pesadilla desde esa posición erguida, aprovechándose de mi sueño rendido por el agotamiento, murmura algo, no es lo que dice lo importante sino el tono de su voz, un sonido de hielo igual a la mirada, una mirada que me retuerce los brazos y me tiembla las piernas y yo revolcándome sin poder despertar, esa resistencia inútil, y ahora con ganas de vomitar, Miguel, vomitar el estómago vacío, la náusea que flota en la garganta, la base de la lengua, los labios levemente abiertos, una arcada reducida a la grosería de un eructo. Ha amanecido.

Sólo era cuestión de revolver el tacho de basura, el embaldosado duro y frío hasta dolerte las rodillas, deben de haberse ido al fondo, el ansia de tus manos entre cáscaras de fruta, de papas, restos de tallarines enmantecados, mojadura de café, vísceras de pollo, terminaste de abrir el paquete, algunos estaban humedecidos, el papel manchado, no había fósforos, sólo la chispa de un encendedor sin llama, lo encendiste con el fuego azul de la hornalla, un ligero tufillo de gas que quedó flotando en el aire, el gusto mezcla de tabaco y residuos saciándote la boca, tres o cuatro pitadas profundas, el humo caliente en los pulmones, la brasa chamuscándose en el extremo, casi sin ceniza, habrá que calentar un café, algo queda en la cafetera, no quiero pensar, no quiero recordar, no quiero sentir, nada más permanecer, igual a mamá y su orden perfecto, sin dudas, sin vacilaciones, la vida resuelta en la pantalla del televisor, feliz a su manera, con esa felicidad vegetativa, envidiable, sin magia ni efectos especiales, su sorprendente, prodigiosa falta de lucidez, la dicha de no esperar nada, el televisor, la cama, las florcitas color rosa, su respiración antigua, su reposo de bordados y puntillas

debo recobrar, recobrar la normalidad o voy a enloquecer aquí dentro

la mañana está fresca; debieras ponerte un abrigo

hablás como hablaba mi madre, con esas recomendaciones, no olvides la bufanda

esas pequeñas cosas son las grandes cosas, los gestos, una actitud, suficientes para revelar el amor

leí algo parecido en un libro de autoayuda. Te estás poniendo cursi, cursi y previsible

de todos modos es bueno que lo digas

no busco ofenderte, me tranquilizan los lugares comunes

has vuelto a hablar de tu madre en pasado

tal vez si aspiro hondo, ese ejercicio de relajación que me enseñaron en la escuela de teatro, es cuestión de calmarme, siento un cosquilleo en la parte posterior de la cabeza, cerca de la nuca, el occipital, los hombros entumecidos, dónde quedaron las malditas pastillas, debo tranquilizarme, el cajón del aparador, los calmantes, tal vez un libro, el que estaba leyendo,

está donde lo dejaste, la repisa de tu cuarto, y las pastillas en el cajón de la cocina

si la lectura me da sueño voy a tener que abandonarlo; no debo dormirme

pasará la mañana, y el resto del día y quizás el día siguiente a éste, cuánto tiempo podrás engañar el cansancio, se te cerrarán los ojos, es inevitable

dos grageas y una cápsula bicolor, luego estiraste el brazo para alcanzar el libro de la repisa que siempre te pareció la habías colocado demasiado alta, pero nada de recostarte para leer; llevaste el libro al livin, cerca del ventanal, de la mañana gris con una luminosidad que ya era suficiente, olvidaste los anteojos, recorriste las habitaciones, ojeaste la figura de mamá Celina por la ranura de la puerta, al fin encontraste los anteojos en un rincón del escritorio, regresaste, te fue difícil hallar una posición confortable, otro café, un buen café negro esta vez en un tazón como corresponde y no ese resto de cafetera saturado de borra, un café con un libro en el sillón más cómodo de la casa, una escena cotidiana, familiar, otro cigarrillo, el penúltimo, debiera bajar a comprar otro paquete, solamente un paquete de diez, debo controlarme, el libro y la marca del señalador, el tazón humeante, el primer sorbo empañó el cristal de los anteojos, debí cortar el café con un chorrito de leche pero me parece que la leche se ha terminado, el señalador casi en el final de la novela, leíste la página, algo de la siguiente, no recordabas nada, entonces repasaste varias de las anteriores con el mismo resultado. Lo habrías colocado mal al cerrar el libro. Un descuido, Miguel Ángel. Seguiste retrocediendo, página tras página, pero tu memoria fue incapaz de reconocer una sola situación, una sola anécdota, ni una línea ni el nombre de los personajes. Sin embargo era ésa la novela que habías estado leyendo, sin duda, un autor ruso del

diecinueve, el período romántico, ciertos clásicos con que últimamente buscabas volver a tu adolescencia, a tu primera juventud, cuando todo estaba por delante y todo era posible y no este ahora mezquino, esta podrida conciencia de la finitud. Y llegaste a las páginas iniciales con las hojas en blanco, apenas la portada que también comenzaba a borronearse, de pronto una portadilla perpleja agobiada por la incertidumbre, aunque era ése, Miguel, era ese libro, estabas seguro, casi seguro, el título, el autor, la editorial, la marca en el lugar donde abandonaste la lectura, pero incapaz de traer una sola línea a tu memoria, siquiera un nombre, una aldea, un empleo burocrático, una carta de urgencia, la mirada de un mujik, la veloz corrida de un caballo, y de poco sirvió que estrellases el libro contra la pared y que un par de hojitas amarillentas y quebradizas se desprendieran y cayesen separadas del resto.

Cuánto tiempo, quizá toda la mañana sentado frente al ventanal, inmóvil, pensando, las paredes grises, un masetero abandonado, tierra seca y plantas muertas, pensando. Cuántas horas con la vista enrojecida perdida en el patio, la mueca arrugándote la cara, envejeciéndote los párpados, preguntándote por qué, qué pasa, qué me anda pasando, la figura de otro Miguel que ahora parece tan lejana, todo tan lejos, meses y meses, cuándo aquel Miguel que recibía llamados, que iba de visita, que iba al cine, al teatro del subsuelo, que compraba el diario, cuándo empezó a ser éste, el tiempo sin referencias, un camino desdibujado, huellas que se transforman en pastizales sin que uno se dé cuenta y cuando uno se da cuenta estás perdido en la arboleda, la espesura del monte y uno se pregunta por dónde cuando ya no es posible hallar el regreso, por dónde, la mirada en círculos, los árboles iguales unos a otros y el sol del crepúsculo, el monte y las sombras, el miedo que gira y gira, entonces se intenta simular un gesto casero para negarlo, las manos en la cintura, un resoplido de fastidio que infla las mejillas, pero el endurecimiento en la garganta no deja respirar, por dónde, no hay camino, estar perdido, entonces la existencia se transforma en otra cosa, paralizado, dar la vuelta en cualquier dirección y esos lagrimones de niño viejo que corren por la cara y gotean los muslos, tu cabellera descuidada, entrecana, el pelo llovido sobre las orejas, la incipiente pelada de franciscano, al cabo un hombre en la plenitud de su madurez, Miguel, un cincuentón perdido en el bosque, dónde la abuelita, caperucita y el lobo ¿lobo está?

El tedio y un vacío en el estómago te regresaron al mundo. La factura de la luz sobre el aparador, a punto de vencerse. Pagarla antes de correr riesgos, qué sería de mamá

Celina sin las telenovelas de la tarde, los policiales, el cine del cuarenta, Bogart, Fred Astaire, aunque persista la duda de si mira algo de lo que ve. Te encontraste con el portero suplente en la puerta de ingreso, qué tal Miguel Ángel, cómo dice que le va, sin dejar de barrer la hojarasca de la vereda, mirando con odio una caca de perro, una latita de cerveza que fue rodando hasta la calle, yo le diría a algunos por qué no le enseñan al perro a cagar en su propia casa, ¿no le parece don Miguel?, poco tránsito, una sonrisa de ocasión para caerle bien, espero que no haya mucha gente en el banco, hoy no me encuentro de ánimo para andar haciendo colas, el portero detuvo la escoba, se quedó mirándote sin sorpresa, con ese rostro de indiferencia por todo lo que pasara delante de sus ojos, sólo mirándote, casi una máscara, difícil que haya cola en el banco, Miguel Ángel, hoy es domingo, ¿domingo?, dedicándole otra sonrisa pero que te figuraste más idiota, ¿no le habrá vencido la factura, no?, no sé... yo... ya me habrían cortado la luz, creíste percibir que el portero suspiraba, a veces tardan, el corte no es inmediato, ¿se fijó en el segundo vencimiento? y te quedaste mirando ese papel sin sentido, letras pequeñas, números indescifrables, ahí atascado en la vereda, rígido como si vinieses de otra época y te costara comprender las cosas del mundo, qué era eso de una factura de luz, porque tu mirada atravesaba el papel, incapaz de detenerse en las palabras, en el significado de los números, el logo de la empresa como el símbolo secreto de una secta, ¿me permite, Miguel? y te sacó el papel de las manos sin esperar que se lo ofrecieses, esta boleta está paga, ¿ve?, aquí tiene el sellado, qué raro, atinaste a decirle como si necesitases de una justificación, siempre pago las boletas a último momento, es una costumbre, el portero se refugió en la factura que el aire fresco ondeaba en su mano, efectivamente -sin mirarte a la cara-, la factura está pagada el mismo día del vencimiento, te cedió el papel y observaste la fecha, aquí dice 21 de julio, y esta vez fue el portero quien pareció ensayar una sonrisa de compromiso, pero don Miguel, julio ya se pasó, estamos en agosto, diciéndolo sin saber cómo decirlo, acompañado de un gesto de los brazos, esgrimiendo la escoba, parece que hoy se levantó medio dormido, con lo posible por no desprenderse del lenguaje de todos los días, de las situaciones familiares, y eso que ya son pasadas las doce, igual a una palmadita en el hombro, y cuando pegaste la vuelta y regresaste al palier de entrada, pudiste escuchar el silencio de la escoba y ver en el cristal de la puerta la mirada del portero recorriéndote la espalda, tratando de descifrar en esa anatomía qué clase de sujeto no conseguía meter la llave en la cerradura, el portero no

puede tomarse el atrevimiento de mirarme de ese modo, hablarme así, como si uno fuese un anciano arteriosclerótico temblando de alzheimer, y cuando debiste regresar porque olvidaste los cigarrillos, me olvidé que tenía que comprar cigarrillos sin que hubiese en el portero la menor demanda de explicación, con ganas de gritarle ¡y a vos qué te importa! ¡qué te importa si entro, si salgo, lo que hago de mi puta vida! espero que el quiosco no haya cerrado todavía y el mutismo del portero, su humillante ausencia de palabras, la mirada clavada en tu nuca hasta el dolor Miguel, Miguel Ángel, el quiosco todavía abierto.

Y nada de fraudes, nada de un paquetito de diez cuando querías intoxicarte hasta reventar con todo el derecho que tengo de intoxicarme y de reventar como se me da la gana y antes del anochecer ya te habías fumado uno de los dos paquetes de veinte que compraste sin más engaños, caminándote el livin cuántas veces de un extremo al otro, las cenizas al suelo, tratando de desentrañar esos saltos de tiempo, si era julio, si era agosto, esa boleta de luz que nunca habías pagado, que no recordabas haber pagado, y sin embargo allí estaba, el sello del banco, la contradictoria figura del almanaque en la cocina con el mes de julio sin arrancar y una fotografía de arenas blancas, el Caribe, la Polinesia, lugares que ya no existen, que son pinturas decorativas, recuerdo de los hombres, sólo existen estas habitaciones, sus paredes agrisadas, la marca de un cuadro ausente, los muebles viejos y macizos, tu vajilla y los cubiertos de alpaca y las copitas de licor mamá, sólo esto existe llegada la noche, dentro de pocas horas la madrugada y el agotamiento que empezará a cerrarme los ojos, la pesadilla no puede quedarse para siempre y vendrá el sueño como antes, cuando era nada más que cansancio y un largo bostezo y el cuerpo blando entre las sábanas.

Y fue con esta idea remota, perdida en la tarde temprana, que falsificaste un ansia de reivindicación, dedicarte una comida, cualquier cosa que te ofreciese el sabor de un rito conocido, la primera pastilla fue un complejo vitamínico, la otra un relajante, la ventana del cuarto de mamá Celina se había abierto del todo y la cortina permanecía arrinconada en un costado, pero eso a mamá no parecía importarle, si hacía fresco, si calor, si había corriente, si la habitación encerraba un aire sofocado, siempre con la mirada metida en el televisor, sus ojos dilatados, te preparaste un revuelto de huevos con trozos de papas hervidas el día anterior, sin cebolla ni condimentos ni una pizca de sal que el desgano olvidó añadir, comer sólo para llevar algo al estómago, por qué este esfuerzo de sobrevivencia, este esfuerzo

lastimoso si ni siquiera puedo salir de casa, el teléfono mudo como una línea muerta, no hay a quien llamar, no hay quien me llame, un resto de vino rancio en el último cuarto de botella, ese trago de golpe que ardió en la garganta, el obsceno apego a la vida, seguir respirando, no agonizar de hambre, brutalmente empeñado en existir, el prójimo desintegrado en qué punto de tu historia Miguel, no lo sé, fue un proceso lento, invisible, se fue haciendo sin que me diese cuenta, y de repente un día, un día comencé a percibirlo, el hombre más solo, esta patética capacidad de sufrimiento, y ahora el ruido de los cubiertos, la aureola del vaso en la superficie de la mesa, no hay vehículos en las calles, ni voces ni vecinos, de dónde viene este silencio oscuro, sólo el ruido de los cubiertos, del vaso vuelto a colocar sobre la aureola, el susurro del televisor en el cuarto de mamá, y nada más, después sumaste el sonido de la silla al ponerte de pie, te arrimaste a la puerta como quien busca espiar con el oído qué sucede del otro lado, pegando la oreja, la mirada sin ver nada, concentrada en la ausencia de ruidos, abriste la puerta, el amplio palier, también el habitual chirrido de la bisagra había desaparecido, podría ser efecto de las pastillas, las puertas de otras cinco viviendas que parecían vacías, los ambientes inhabitados, sin nadie que respire ni articule una sola palabra, ni un movimiento, ni un ladrido en un edificio poblado de perros, la pálida luz del plafón, amarillenta, tuviste la precaución de tantear el llavero antes de cerrar la puerta, pero el tintín de las llaves ausente lo mismo que llaves de goma, cómo será el silencio del universo, estrellas que se apagan, mudas, sin clamores ni aullidos de pánico, cómo será el silencio en los agujeros negros donde el espacio se pierde devorado por el miedo, y viste bajar el ascensor sin rumores y el ascensor llegar a la planta baja donde debieron abrirse y cerrarse puertas y alguien caminar hasta el ingreso y salir a la calle y nada, solamente el eco de tus pasos en la magnitud del palier, en los escalones marmolados por donde buscabas asomarte a la planta baja, el roce de tu mano en el barandal, por qué tu oído esto sí y esto otro no, sometido a una escucha selectiva, también te asomaste a los ruidos de la calle, a los ruidos que debían oírse de la calle y un auto y un colectivo y otro auto y una moto sin motores, sin el cuchicheo de las cubiertas en el empedrado y entonces comenzaste a retroceder de espaldas sobre tu pasos, cada pie en el mismo lugar, una proyección al revés, el tiempo invertido, pero esta vez al abrir la puerta de casa todas las campanillas del llavero, quién diría decenas de badajos en una riña de metales y cuando estuviste dentro Miguel las manos en los oídos y ese gesto que te fruncía

el rostro, una máscara de arrugas, venas hinchadas, el brillo de tus ojos destilando lágrimas inútiles.

Entonces el cuerpo y un agotamiento que te aflojaba las rodillas, las piernas levemente flexionadas como esos viejos que veías detenerse en las veredas para retomar el aire y echarse un descanso, la espalda un tanto encorvada obedeciendo el impulso de los hombros hacia adelante, qué peso era ése sobre los hombros, Miguel, qué peso en las arrugas de la cara contempladas en el espejo del baño, unos surcos nuevos, repentinos, que dibujaban la frente, que brotaban desde los párpados, pronunciadas en el entrecejo y en la línea de las ventanas nasales al extremo de los labios, las ojeras de una tonalidad más oscura que lo habitual, el pelo seco y quebrado mientras le hablabas a tu rostro en el espejo, hablabas de que no habías dormido bien últimamente, la pesadilla, algunos fenómenos extraños que era preferible no recordar, como pidiéndole disculpas por tenerlo abandonado, le hablaste de una crema facial que volviera a hidratarle la piel, de una tintura en el pelo, mamá Celina sabía usarlas en otra época, un castaño oscuro que le cubría las canas hasta que un día las canas la vencieron, o era ella que estaba vencida, y se estiró el pelo fuerte hacia atrás y lo concluyó en un rodete que persiste hasta hoy, aceptada su ancianidad y su mirada rígida frente al televisor durante las horas del día y de la noche pero yo tengo veintitantos de años menos y no soy un anciano ni un viejo y no tengo por qué rendirme, le dijiste a tu rostro pero tu rostro se quedó mirándote entre signos de interrogación, un rostro ahuesado y duro como nunca antes lo habías visto, con sus ojos de asombro quizá preguntándose quién tenía delante en el lado libre del espejo, te pasaste la mano con lentitud por el cuero cabelludo pronunciándote las entradas, atenuando las arrugas de la frente y el rostro del espejo obedeció esos ademanes en los mismos tiempos y la misma cadencia aunque algo hubiese de distinto sin que pudieras precisar qué, algo en el fondo de su mirada que te decía era él quien te observaba y no al revés, era él quien estudiaba cada surco, cada poro, las imperfecciones de tu piel, los derrames, la irritación por encima de la ceja, el grano en la barbilla, entonces tomaste distancia y la figura del espejo hizo lo mismo, le mostraste los dientes sin sonrisa y te los mostró amarillentos y manchados de nicotina, caries desatendidas, las encías levantadas en algunos sectores que dejaban al descubierto las raíces de los caninos, años que no visitaban un consultorio odontológico, dolencias controladas con aspirinas y buches desensibilizantes, y en esa mueca de

dentadura sin sonrisa también hubo en el rostro del espejo una sombra de protesta que no te pertenecía porque en el tuyo había más de exploración que de reproche, al cabo verte como eras Miguel para intentar ser el de antes, antes de la inercia y del tedio, antes de la pesadilla que te consumía noche tras noche y que no podías recordar, antes de la impotencia y del encierro en estas habitaciones como si el mundo fuese una amenaza, un reñidero de aves enloquecidas creadas para tropezarse insultarse destruirse unas a otras. Hacía cuánto que no te dedicabas una buena cepillada, esa limpieza que solía dejarte con las encías inflamadas y escupiendo espuma rojiza junto a dolores sangrantes y restos de comida y partículas que te figurabas pequeños desprendimientos del marfil de los dientes y fue en el instante de colocar la pasta en el cepillo que te llamó la atención la leyenda en el pomo, crema dentol mayor protección doble flúor dientes más sanos leída de izquierda a derecha igual que si contemplases la inscripción directamente y no a través del espejo, ¿la figura del espejo no debía leerse invertida?, colocaste el pomo del lado del reverso pero el texto era ya invisible para tu vista gastada, volviste a colocarlo de frente crema dentol mayor protección, encima ese grito que volvía a entrar por la ventana de mamá Celina, tiempo que no lo escuchabas, cuando era apenas un grito sin explicación y un escalofrío en la vigilia que la reincidencia hizo desaparecer doble flúor dientes más sanos y saliste del baño a comprobar la imagen en otro espejo, la pieza de mamá, el espejo biselado y sinuoso con un marco rococó donde antes solía pintarse y fijarse los rulos con el aire caliente del secador de pelo mamá, y pasaste delante del televisor sin que mamá parpadease siquiera ni desviase la mirada de la pantalla como si tu presencia fuera una sombra fugaz hasta ubicarte frente al espejo y verificar la leyenda invertida y entonces la sensación en el estómago igual a un golpe seco que te cortara la respiración, en el fondo del espejo la imagen de mamá Celina inmutable, sentada con las manitos tomadas sobre la falda y yo aquí a punto de desplomarme, sin comprender nada de lo que pasa, por qué pasa lo que pasa, tal vez la broma estuviese en el tubo dentífrico y cualquier otro objeto regresaría a la normalidad, corriste a la biblioteca, un libro tomado al azar, dudaste, dudaste si enfrentarlo al espejo de mamá, si al del baño, y decidiste el del baño primero y nuevamente las palabras de izquierda a derecha, lo abriste en cualquier lado, recorriste páginas y páginas para confirmar que habrías podido leer el libro entero en la figura del espejo, aquel grito que ahora era un lamento inidentificable, el

libro cayó de tus manos y resbaló por la blancura del lavatorio para quedar bajo el goteo insistente de una canilla que hacía meses no podía cerrarse del todo.

Otra vez Miguel Ángel, otra vez caminándote el livin de un extremo a otro, tu habitación con apenas el velador encendido y una luz de pergamino que demacraba las paredes, acudiendo a la cocina y al olor del café hervido, pero dejaste la hornalla con su calidez azul para despojarte de ese frío de muerte pegado a las manos, podrías mantenerla toda la noche y algo de temperatura llegaría a tu habitación y a la de mamá, aunque mamá con sus manos en el regazo y las florcitas rosadas del camisón y la mirada siempre en el televisor, la habitación helada de mamá con la ventana abierta y la cortina corrida hacia un costado, la noche que seguía entrando en el cuarto de mamá y ese lamento persistente sin callarse un minuto, por momentos parecía el gruñido de un perro que ha quedado fuera en el patio mientras sus dueños duermen un sueño tibio cobijado bajo las mantas, lamento casi humano que te llevó a sospechar si sería animal o persona, una mujer encerrada en su cuarto y un grito cargado de agonía que atravesaba los cristales. Te preguntaste cómo los vecinos podían tolerar esto, cómo nadie presentaba una reclamo. Pero hacía varios días, quizá semanas que no habías vuelto a escucharlo, y si nadie hacía la denuncia era porque no se trataba de una bestia herida ni suplicante, sería una mujer de edad, posiblemente alcanzada por arrebatos seniles a quien se negaban a internar. O peor aun, Miguel, el espanto de una mujer atrapada por las pesadillas, el grito de quien no podía despertar y fuiste suponiendo, de a poco, suavemente, si también tu boca no despediría gruñidos aterradores, si los vecinos no escucharían tu voz y tus golpes contra la pared Miguel y tu angustia retorcida entre las sábanas y su silencio no sería el silencio de quien calla porque nadie es testigo y a nadie incumbe el dolor ajeno y cada uno con lo suyo, con la ropa que se lleva puesta, con la mirada y el oído y la existencia que se llevan puestos, sólo algún comentario de pasillo, alguna queja de ascensor, prudencias, cruce de cautelas en la puerta de ingreso. Por momentos los gritos eran sólo berrinches que desfallecían, agotados de quien no consigue despertar o no obtiene respuesta, pero pasada la medianoche adquirieron una furia inusitada, vidrios rotos, muebles arrastrados de un lado a otro, y un llanto agudo y final que languideció por agotamiento, exhausto, derrotado por su propia vehemencia. Y algo de aquellos accesos de ira o de impotencia te había llegado, tu cuerpo rígido, los músculos en tensión, la incertidumbre en cada paso que dabas por las habitaciones, los

aullidos de la mujer, tu propio griterío, mudo, clavándose en tus cavilaciones como una aguja que inyecta una sustancia desconocida en lo más profundo del cerebro. Al tomar conciencia de tu cuerpo agarrotado, lo aflojaste de golpe producto de quien lo hace por decisión y no por naturalidad, dejaste caer los brazos como apéndices resignados y esa disposición artificial se fue tornando verdadera, una larga pesada noche velando tu cansancio, el pensamiento inerte recibiendo las horas, una tras otra, ese sopor que te pesaba en los sentidos no obstante el horror del espejo, la imagen sin invertir, aquel aullido ahogado en fondos abisales donde no es posible la luz, mamá Celina tiesa con su mirada en el pasado, fragmentos que se iban almacenando en tu memoria exhausta sin que pudieses hacer nada Miguel porque el sueño una vez más se aliaba a la pesadilla, envolviéndote, adentrándose en el interior de tus ojos como una profanación, un pórtico escondido que comienza a abrirse entre malezas que se rompen, arbustos que son arrancados de raíz, hojarasca transformada en polvo, y cuando termina de desplegar sus pesadas láminas de piedra, ese hedor a sepulcro, ritos mortuorios, siglos de encierro, y sin embargo Miguel no podías resistirte porque el llamado a ingresar en la pesadilla no era en definitiva más fuerte que tu voluntad sino parte de tu voluntad, qué extraña fascinación producía ese mundo de sombras en el que entrabas una y otra vez, la atracción del terror, la inmensurable seducción del espanto que sólo fue perturbada cuando caíste de la silla y el golpe de la cabeza contra el suelo descargó un grito de asombro y de dolor.

No había heridas cortantes pero de inmediato te diste cuenta de que todo un costado de la cara se inflamaría y que por encima de la sien nacería una protuberancia y que posiblemente el ojo quedase amoratado. El agua fría en el lavatorio del baño recorrió la zona lesionada, la corriente de agua en la nuca, en la cabeza, cubriste el orificio de salida y dejaste que el agua subiese de nivel, que sumergiese la totalidad de la cara y fue quedarte así aguantando la respiración hasta aquella placentera sensación de asfixia Miguel, sentir que te ahogabas en la pileta del baño, convulsionándote en su superficie fresca y blanca, soportar, resistir hasta que el cuerpo desfalleciera y se aflojaran las piernas y debieras tomarte de aquellos bordes suaves del lavatorio para no caer, y fue en el último segundo, la opresión en los pulmones, la boca abierta en una explosión de burbujas, el agua que ya invadía la garganta, las narices, que te elevaste con una bocanada de aire en medio de chorreras, pero no pudiste apreciar nada de tu rostro porque el rostro del espejo estaba

vuelto en tu misma dirección y cuando retrocediste también trastabilló y se inclinó hacia el mismo costado y cuando extendiste los brazos, los brazos del espejo se extendieron y apenas pudiste verlos semicultos por las espaldas y cuando tus manos pasaron sobre el cuero cabelludo y lo escurrieron, observaste cómo las manos del espejo cubrían los parietales y el agua acariciaba las vértebras pegadas a la camisa en una mímica que empezó a parecerse casi graciosa Miguel porque la imagen más que reproducir tus movimientos, los imitaba, y cuando el rostro del espejo se dio vuelta y se quedó mirándote atónito, no fue el fenómeno en sí sino el estupor de sus ojos lo que te conmovió, entonces acudiste a una serie de maniobras provocativas para obligarlo al esfuerzo de imitarte, le sonreíste, le sacaste la lengua, te volviste bizco, pasaste los dedos por la superficie de cristal, pero esta vez la figura del espejo se negó a participar del juego, empeñado en su mirada perpleja, allí terminaba el vínculo Miguel, no más, y te retiraste del baño hasta con la delicadeza de apagar la luz y darle a la imagen del espejo la oportunidad de escurrirse entre las sombras y desvanecerse en una región a la que no pertenecías. Te asomaste al cuarto de mamá Celina, a su mundo reducido a la pantalla del televisor, a su mirada en el fondo vacía, perdida entre viejos western y comedias musicales. El aire helado de la noche seguía moviendo serenamente el cortinado. Cerraste la ventana.